

Chávez y Mao

Por: Fernando Spiritto

En su quinta visita a China (23 y 24 de septiembre de 2008), el presidente Hugo Chávez reiteró, como la ha hecho cada vez que pisa el país asiático, su profunda admiración por Mao Tse-Tung.

Los analistas, nuevamente, destacaron lo inconveniente de la declaración dada la enorme velocidad con que China se aleja del camino trazado por Mao. Para rematar, la misma cancillería china se apresuró a aclarar que la visita del presidente venezolano se enfocaba en asuntos económicos y en ningún momento en agendas ideológicas o alianzas contra terceros países (léase, Estados Unidos). Todo lo contrario de lo que Chávez esperaba.

Pero viendo el asunto desde una perspectiva distinta, Hugo Chávez y Mao Tse-Tung muestran interesantes similitudes no ya tanto en el ámbito ideológico (el socialismo) sino en su particular forma de ejercer el poder e implementar políticas públicas. Veamos.

En la edición del 22 de diciembre de 2007, la revista *The Economist* publicó un interesante artículo sobre el “estilo gerencial” de Mao Tse-Tung y la forma como ese estilo puede ayudar a los malos gerentes a sobrevivir la estricta evaluación de gestión a que los mercados y reguladores le someten constantemente. Los argumentos desarrollados pueden utilizarse para evaluar a los gobernantes modernos y de allí la comparación con Chávez.

El objetivo del mencionado artículo es proporcionarles a los gerentes ineficaces consejos útiles para evadir la presión de todos aquellos que están interesados en que la empresa produzca resultados positivos. El cinismo de *The Economist* es en realidad una lección de activismo contralor a los accionistas y empleados, pero también a los ciudadanos de las democracias modernas que sufren todos los días las consecuencias del liderazgo irresponsable e ineficiente, bien en una empresa o en el marco de una sociedad políticamente organizada.

La idea de la que parte *The Economist* es sencilla: Mao fue responsable por más de 70 millones de muertes y de mantener a China en el más pavoroso atraso económico. Son ampliamente conocidas dos de sus más desastrosas iniciativas: “el gran salto adelante”, el intento de organizar a los campesinos en comunidades (comunidades) agrícolas e industriales que proveyeran suficientes alimentos y acero para la modernización del país; y la “revolución cultural”, campaña entre jóvenes y militares para lograr pureza ideológica. Ambos intentos terminaron en hambrunas y represión.

No obstante lo anterior, Mao es hoy en China una figura reverenciada y es considerado como el padre de la nación. Si bien el comunismo sigue siendo la ideología oficial del Estado chino, la economía es todo lo contrario a lo previsto por Mao: China tiene hoy un capitalismo regulado que ofrece toda clase de garantías a la propiedad privada y a los capitales nacionales y extranjeros. Más aun, Deng Xiaoping, el sucesor de Mao e iniciador de la revolución económica que hoy transforma a China, es una figura casi anónima para el mundo. ¿Cómo explicar semejante contradicción o injusticia histórica? ¿Por qué es tan

común que los malos gerentes (o políticos) permanecen en sus cargos sin que su mal desempeño sea castigado por su entorno? ¿Cómo se compensa, políticamente, el mal desempeño de las políticas públicas?

A continuación la revista responde estas preguntas apoyándose en una aguda revisión de la forma como gobernó Mao. Varios rasgos interesantes surgen del análisis. En primer lugar, Mao era experto en el uso de consignas de amplia penetración en las masas. “Servir al pueblo” era su lema favorito. Ante tan bellas palabras y la gran habilidad de Mao para transmitir las, poco se notaba su extremo personalismo, su lujoso estilo de vida y su entorno de aduladores. Era un maestro en el uso de la disonancia cognoscitiva: argumentar apasionadamente en favor de una cosa mientras hacía otra.

Mao comandaba un formidable aparato mediático y propagandístico. Las terribles condiciones chinas eran ocultadas por la censura y la transmisión continua de mensajes utópicos que ponían de lado a los hechos inconvenientes. En 1961 era ya evidente el fracaso de las comunas que sustentaban el “gran salto adelante”. El dejar de sembrar para producir acero en condiciones poco productivas, produjo hambrunas y la muerte de millones de personas. Los fracasos del programa fueron sepultados (literalmente) por una ofensiva propagandística y el silencio criminal de la burocracia. (A pesar de ello Chávez es un decidido partidario de las comunas en la Venezuela del siglo XXI).

Igualmente, Mao sacrificaba sin remordimiento a sus aliados y amigos, jamás devolvía un favor y nunca se apoyó por mucho tiempo en círculos o grupo determinado para evitar la acumulación de poder que eventualmente pudiera ser utilizado en su contra. También le dio mucha utilidad a los enemigos internos y externos a los que culpaba de todos sus fracasos.

Por último, la actividad constante sustituyó a los hechos concretos. “Mao was never short of a plan”, nos dice *The Economist*. Movilizar constantemente al pueblo en función de planes inviables era la norma en su gobierno. En función de lo anterior, la revista le aconseja a los ejecutivos fracasados: “Si no puedes hacer una cosa bien, haz muchas cosas a la vez. Mientras más cosas tengas que hacer, más tiempo tomará a los demás darse cuenta de las desastrosas consecuencias de tus acciones. Y además piensa en grande: Mao tuvo muchos defectos, pero inspiraba cosas”.

El ejemplo histórico anterior viene al caso porque el estilo de gobernar de Hugo Chávez recuerda en muchos sentidos al de Mao Tse-Tung, de acuerdo con la descripción que hace *The Economist*. Nada nuevo bajo el sol en este sentido: tanto Mao como Chávez son expresiones de la más vieja tradición en el arte de gobernar. Es decir, no hay sorpresa en el hecho que los gobernantes intenten ocultar sus fracasos con manipulaciones políticas; lo malo es que los sistemas políticos no estén en capacidad de corregir y castigar tales fracasos.

Un rápido vistazo a la forma como la revolución bolivariana implementa sus políticas públicas arroja las siguientes características: 1) El objetivo último de las políticas del gobierno es la concentración del poder en manos del Presidente. 2) Cada programa gubernamental va acompañado de un uso intensivo de la propaganda y de los medios de comunicación. 3) Los símbolos tienden a sustituir las acciones concretas. 4) Existe un exagerado número de planes e iniciativas cuyo diseño y planificación son deficientes, sus objetivos están vagamente definidos y persiguen metas grandiosas difíciles de evaluar. 5)

Se usa intensamente la figura del enemigo externo y del conflicto. Es decir, estamos ante los viejos trucos políticos para distraer la atención de los fracasos administrativos.

No hay que sobreestimar la relación entre políticas públicas y viabilidad política. Un régimen no se mantiene en el poder exclusivamente porque tiene una administración pública eficiente. Si ello fuera una ley de la política, Chávez no tendría una década gobernando. Una gran cantidad de factores influyen para mantener al mal gobernante en el poder: simple represión o costumbre de la gente; miedo al caos; incertidumbre sobre las alternativas políticas; apoyo internacional, abundancia de dinero para “comprar” legitimidad (no este el caso de Mao), etc.

Lo que resulta claro es que, en el caso de las democracias modernas, donde los sectores y grupos sociales se expresan libremente, la capacidad de los gobiernos para resolver problemas es clave para la legitimidad política. Ningún gobierno puede esconder para siempre su ineficiencia.

Desde esta perspectiva, no parecen tan falsas o extemporáneas, como sostienen los analistas, las generosas palabras del comandante Chávez al camarada Mao.

La revolución bolivariana y la revolución comunista de Mao se dan la mano en lo que respecta al estilo de gobernar.

E-mail: fspiri@gmail.com